



LAS DOS PRIMERAS SINFONÍAS DE BEETHOVEN

No es casual que ambas sinfonías se interpreten juntas en un programa o que se editen en un disco. Después de la avalancha de modernidad e innovación del resto de las sinfonías tanto en temas musicales como en la estructura sinfónica, (y cada sinfonía diferente de las otras, cada una un mundo propio en todos los aspectos), la Primera y la Segunda sinfonías parecieran tener muchas cualidades en común y, sobre todo, son las que más se acercan al mundo de la sinfonía clásica.

El género sinfónico había sido establecido y desarrollado por Haydn y, posteriormente, enriquecido y perfeccionado por Mozart. La llegada de Beethoven le dio a la sinfonía una libertad de desarrollo, transformación y genialidad que pocos compositores del nuevo siglo XVIII aprovecharon y trascendieron en él (sólo Berlioz, Bruckner y Brahms), hasta la llegada de Mahler y de los descendientes musicales de Wagner, cuyas sinfonías, curiosamente, son obras incipientes, casi ingenuos ejercicios, en un género que, sin duda, no había sido hecho para él.

La primera impresión de que las dos primeras sinfonías de Beethoven fueran “simples ejercicios” del Clasicismo, se borra en cuanto las escuchamos bien y nos familiarizamos con ellas y descubrimos, precisamente, que tienen muchos aspectos melódicos y de desarrollo, que un compositor “clásico” nunca hubiera pensado, aunque quién sabe a dónde habría llegado Mozart si hubiera vivido algunos años más. El carácter y evolución de sus tres últimas y enigmáticas sinfonías, así como el secreto tras su inspiración musical, siguen inquietándonos y maravillándonos. En todo caso, las dos primeras sinfonías de Beethoven son verdaderas sucesoras de las tres últimas sinfonías de Mozart pues todas ellas tratan de alejarse del clasicismo de Haydn.

LA PRIMERA SINFONÍA.

El género de la sinfonía había ido adquiriendo una especial notoriedad, tanto entre la nobleza que organizaba conciertos en sus salones y los nobles que acudían al llamado social/musical, como entre el “público” –ya podíamos comenzar a utilizar ese nombre con el sentido que hoy le damos- que pagaba la suscripción –el boleto, pues- para asistir a los conciertos “públicos”, organizados, casi siempre, por los propios compositores con la idea de contribuir a su propio beneficio económico. Por ello, era usual que en cada “concierto” se incluyera una sinfonía, ya fuera su primera ejecución o la repetición de un aplaudido estreno anterior.



Aunque se considera que Beethoven ya había compuesto algunos experimentos en el género, como la llamada Sinfonía Jena, que se le atribuía a Beethoven por el parecido entre uno de sus temas y uno de alguna sinfonía posterior del compositor, (ya está casi confirmada la autoría verdadera de esa obra y no fue compuesta por Beethoven); la indiscutible Primera Sinfonía tuvo muy buena suerte a partir de su nacimiento. Después de su estreno, en la Viena de abril de 1800, se tocó en Leipzig –la ciudad germana que más interés tuvo en la obra sinfónica de Beethoven y después en París y en Londres, las primeras ciudades no germanas que se volvieron adeptas del compositor, incluso en esa época en que nadie había oído hablar de aquel joven creador.

La obra todavía es una sinfonía “clásica”, bajo los parámetros formales que Haydn estableció y desarrolló. Sin embargo, el espíritu renovador de Beethoven también está presente: desde el primer acorde que abre la obra lentamente, ya estamos en una disonancia que no sigue lo establecido, pero esto pronto se olvida cuando el pujante Allegro nos hace olvidar la introducción; después, una bellísima melodía domina el segundo movimiento, que pocos se percatan de que la tocan primero los segundos violines, algo no sólo desusado, sino simplemente desconocido en su tiempo. El tercer movimiento, es un aparente minué, según el título del autor, tal vez será la última vez que el autor lo utilice, pues también los cambios sociales y políticos que vive Europa tras la Revolución Francesa son expresados por Beethoven en su música; los cambios revolucionarios aparecen desde el principio en sus obras sinfónicas, y, por supuesto, en sus obras de otras formas y géneros musicales.

Por ejemplo, el movimiento final pareciera ir tras los pasos del clasicismo absoluto, pero Haydn y Mozart no hubieran querido, (ni podido) componer una introducción lenta, ya plenamente beethoveniana, como la de este movimiento final: incluso, la manera como Beethoven inventa su tema de la sección final, agregando una nota en cada repetición –con todo y sus ingeniosas pausas- tampoco hubiera sido concebido por Haydn, creador del género de la sinfonía; no tenía los aires de libertad de su discípulo más rebelde y liberador.

A ver, se las dejamos de tarea: la maravillosa alegría que trasmite este movimiento, ¿es aún haydeniana o ya es beethoveniana?

A nuestros oídos de hoy, nos suena de la manera más tradicional, las armonías absolutamente tonales nos parecen la máxima opción de musicalidad, pero a los oídos del siglo XIX, más de un pasaje de esta sinfonía habrá parecido un paraje sonoro inhóspito, como hoy sienten muchos cuando escuchan obras de Mahler o Richard Strauss, (pues aún no estaríamos en los terrenos plenamente vanguardistas del siglo XX)

LA SEGUNDA SINFONÍA

La Segunda Sinfonía es luminosa y optimista. Esta obra fue su verdadera despedida del clasicismo histórico. Considerada “demasiado larga” en su tiempo, con calificativos como “salvaje”, personajes que salían huyendo de la sala o teatro donde se ejecutaba la obra y, anécdota sin par, en su estreno en Londres, se concedió un intermedio de media hora para que los asistentes pudieran recuperarse de “la fuerte impresión” causada por la audición de esta obra. SEÑORES, ESTAMOS HABLANDO DE LA SEGUNDA SINFONÍA DE BEETHOVEN, Sólo una mente lúcida y progresista como la de Berlioz podía, en cambio, escribir que era “modelo de nobleza, de gracia, de ímpetu heroico, de ternura, de espíritu y vivacidad”.

Nadie sospecharía escuchando su frescura y alegría que hubiera sido escrita en uno de los momentos más trágicos de la vida del autor, cuando escribió desesperado su Testamento de Heiligenstadt para despedirse de la felicidad de la vida y resignarse a vivir en la soledad de la sordera el resto de su vida.

El primer concierto del ciclo de Las Nueve Sinfonías de Beethoven que nos obsequia la OFUNAM en su gran Tercera Temporada 2016, será dirigido por uno de los directores mexicanos más ilustres, gran maestro de directores, director “clásico” en toda la extensión de la palabra, (“como los de antes” dijo elogiosamente uno de los músicos), JORGE MESTER, quien después de muchos años de ejercer su carrera – tanto la docente como la artística- en Estados Unidos, se ha acercado a México cada vez más, en los últimos años. En este programa tendremos dos de las nueve sinfonías de Beethoven, y posteriormente se adoptará la modalidad de una sinfonía por programa (además de una gran diversidad de obras que complementan cada programa, incluyendo una ecléctica selección de obras de compositores mexicanos)

Como complemento a esas dos sinfonías, la OFUNAM, teniendo como solista a su primer clarinetista, el extraordinario músico mexicano MANUEL HERNÁNDEZ, interpretará el Primer Concierto para clarinete de CARL MARIA VON WEBER. Absolutamente contemporáneo de Beethoven, Weber componía de manera natural bajo los conceptos clásicos y por ello su música posee características muy similares a las de Mozart y Haydn. Antecesor relativo de Wagner en el campo de la ópera germana (El cazador furtivo, Oberon, Euryanthe, entre sus títulos importantes en el género), Weber compuso también al menos dos sinfonías, y numerosos conciertos, que aunque incluyen tres para piano, pero la mayor parte, fueron dedicados a sus instrumentos de aliento favoritos.

Ven y celebra con la OFUNAM el inicio de su Tercera Temporada 2016 y asiste a sus conciertos en la medida que lo permita la existencia de boletos en taquilla, pues como era de esperarse, será una temporada muy exitosa, con abonos agotados desde hace varias semanas y boletaje también ya.

Luis Pérez Santoja.